

PRIMERA PARTE

I

México, julio de 1866

Jamás, en los últimos dos años, había cruzado por su cabeza la idea de huir de su propio imperio. Dos años y dos meses en México. Eso había sido todo. Una aventura titánica e ingenua. Un sueño imperial en ultramar. Dos años de gloria prestada e ilusoria. Setecientos noventa días con cada una de sus noches. Un tiempo muy corto y a la vez demasiado largo. El tiempo para creer que, si se estiraba lo suficiente, podría rozar el universo con las yemas de los dedos. Y, sin embargo, ahí estaba ahora, huyendo a bordo de un coche de caballos en medio de una lluvia torrencial, de regreso a la Europa que les había escupido en la cara. Lo sabía bien. Lo sabía con el pesar de quien abandona la obra de su vida sin remedio. Debía volver.

Carlota se asomó por la ventana. Entre las gotas de agua que lo empañaban todo, apenas pudo distinguir un vasto paisaje de árboles sacudidos por un viento iracundo que los azotaba con saña bíblica. Un rictus de tristeza le curvó las cejas y los labios. Qué despedida más apropiada. Ella bien podría ser uno de esos árboles vapuleados por el destino. El paisaje le dolió en las entrañas y de un plumazo cerró la cortinilla de terciopelo verde bordada con el águila imperial. Si no hubiese sido emperatriz, si tan sólo hubiera sido una mexicana sin corona, hubiera llorado. Desde el interior del carruaje podía escucharse el asustado relinchar de los caballos y el tronar del cielo. Ya se lo habían advertido. Los caminos eran peligrosos en esa época del año; nadie en su sano juicio emprendía camino hacia el puerto de Veracruz atravesando la neblina de las cumbres de Acultzingo en época de lluvias y de fiebre amarilla, pero Carlota, que siempre había teni-

do fortaleza e insensatez en igual proporción, en cuanto supo que sus emisarios diplomáticos habían fallado y que las intenciones de Napoleón III de retirar sus tropas seguían siendo firmes, dio instrucciones de partir de inmediato para intervenir personalmente. Además, muy a su pesar, sabía que esperar a que pasaran las lluvias era el único lujo que no podría darse. No podía. Todo se desmoronaba ante sus ojos. El Imperio, Maximiliano. Ella. Todo. Debía hacer algo para evitarlo. No sería la primera vez que Luis Napoleón habría de escucharla, así le costara implorar de rodillas.

El mal estado del camino la zarandeaba sin descanso como a una canica bailando en una caja de zapatos. En un intento por controlar el rebotar de su cuerpo, Carlota se removió en su asiento. Tras un segundo de duda, se abrazó, cobijándose. Tentada estaba de acariciarse el vientre, cuando de pronto el carruaje se inclinó sobre dos ruedas al esquivar una enorme piedra, obligándola a asirse a una de las puertas. Su dama de compañía, Manuelita de Barrio, lívida, aterra-da ante la idea de volcar, ahogó un grito de pavor que se tiñó de vergüenza ante la severa mirada de la emperatriz, inmersa en un silencio rotundo que cayó con la misma fuerza de la tormenta. Carlota estaba acostumbrada a reprimir el miedo con la entereza de una mártir que ardiera en leña verde, y eso no iba a cambiar ahora sólo porque una lluvia torrencial enlodara aquella cumbre al borde del precipicio. Así había sido su vida desde que tenía memoria: un continuo bordear el vacío. Y controlar cualquier signo de debilidad era un don que Carlota había logrado domar a la perfección. Además, dudar sobre la seguridad del camino era una nimiedad en ese océano de preocupaciones. Eso era mejor dejarlo en manos de Dios. Su Dios no la dejaría morir desbarrancada. No los abandonaría a su suerte en un desfiladero. Su Dios la guiaría hasta las puertas del Vaticano para entrevistarse con Pío Nono e interceder por un imperio apenas naciente. El Imperio no podía perderse. Maximiliano debía resistir.

La abdicación equivalía a una condena. A extenderse un certificado de incapacidad. Lo había visto en su abuelo, quien al abdicar el trono de Francia sólo había traído deshonra y desprestigio para la dinastía. Abdicar el trono de México los catapultaría en dirección a Miramar, a las miradas de conmiseración. Abdicar no era un acto digno de un príncipe de treinta y cuatro años, sino de viejos individuos fal-

tos de espíritu. No había en el mundo propiedad más sagrada que la soberanía. Un trono no se abandona como quien huye de una asamblea dispersada por la policía. No tenían derecho a abandonar una nación que los había llamado. Ya lo había dicho Luis el Grande: «Los reyes no deben rendirse». Así pensaba ella: «El emperador no debe rendirse». Pues mientras hubiera en México un emperador habría Imperio, aunque fueran seis pies de tierra. Habían llegado como campeones de la civilización, como regeneradores y libertadores, y no se irían con la excusa de que no había nada que liberar ni nada que civilizar, nada que regenerar. Todo eso se lo había dejado por escrito a Maximiliano. «Uno no abdica», le había dicho. Debía esperarla. No. Los peligros del camino hasta Veracruz eran, sin duda, el menor de sus problemas.

De pronto sus pensamientos se desdibujaron; todo empezó a girar a su alrededor, como si de veras el carruaje hubiera perdido el rumbo y por un instante su Dios la hubiese abandonado. A lo lejos, entre ecos difusos, escuchó la voz de su dama de compañía llamarla en susurros:

—¿Alteza? ¿Su Majestad? ¿Se encuentra bien?

Carlota parpadeó un par de veces antes de volver a sentir el suelo bajo sus pies. Clavó sus ojos en la dama, intentando reconocerla. Ella repitió:

—¿Necesita algo, mi señora? Se ve muy pálida.

Carlota reaccionó poco a poco.

—No, no, estoy bien... Un mareo. Nada más. Denme agua.

Manuelita se apresuró a ofrecerle un poco.

—¿Se ha mareado Vuestra Merced? Tanto movimiento... No se preocupe, Majestad, ya pasa, ya pasa.

Y tras sacar un abanico de entre las faldas, procedió a abanicar a la emperatriz con ímpetu.

Aquel no sería el primer vahído de Carlota durante el viaje de regreso. Muchos otros desmayos tendrían lugar en el trayecto, todos atribuidos al movimiento del mar o al de la tierra. Aunque Carlota sabía que sólo era cuestión de tiempo, nueve meses exactamente, para que se descubriera la verdadera razón de sus desvanecimientos.

No hizo falta tanto. Las malas lenguas empezaron a propagar la noticia de que la emperatriz estaba embarazada desde mucho antes

de que embarcara rumbo a Europa. A escondidas, a media voz y vigilantes de no ser escuchados, en las cantinas del golfo de México se escuchaba cantar: «Adiós, mamá Carlota, la gente se alborota al verte tan gordota», en lugar de la conocida melodía compuesta para alabarla y despedirla con los honores que merecía: «Adiós, mamá Carlota, adiós, mi tierno amor». Pero ella o nunca la escuchó o fingió no hacerlo. Porque, al fin y al cabo, ¿qué importancia tenía llevar en el vientre a un bastardo frente a la responsabilidad de salvar un imperio?